

MORENO PESTAÑA, José Luís
Filosofía y sociología de Jesús Ibáñez
Madrid: Siglo XXI, 2008

Pocos perfiles de la ya no tan breve historia de la sociología española son tan complicados de analizar como el de Jesús Ibáñez. Creo que la razón no es excesivamente difícil de averiguar. Como en otros países de nuestro entorno, la sociología cuantitativa, tras la llegada de la democracia, fue demandada económica, política y socialmente. Tanto los organismos oficiales como los no oficiales requerían de la participación de esta ciencia que había surgido en los albores de la sociedad moderna para estudiarse a sí misma. Y lo que solicitaban exigía que se les entregara de acuerdo al canon de la sociología que se practicaba a la sazón en EEUU. En efecto, existía ya una amplia experiencia sobre sus beneficios en los países industrializados. Así que no es de extrañar que los diferentes sociólogos españoles se dirigieran a cualquier meca de la sociología cuantitativa. Primero, Chicago y Nueva York, luego Ann Arbor, y, por último, a Essex. Así, aprendimos las diferentes técnicas cuantitativas de investigación social. Y de esta forma lo hicieron Salustiano del Campo (Chicago), Amando de Miguel (Columbia), Díez Nicolás, Eduardo Bericat (Ann Arbor) o Cea d'Ancona (Essex).

En cambio, la historia de la sociología cualitativa fue bien distinta. Se forjó sin demanda, haciéndose un hueco como podía, y siendo ofertada por los mismos investigadores sociales que se encargaban de las técnicas cuantitativas. Y aquí la figura de Ibáñez y de su grupo fue funda-

mental. Fecundaron uno de los polos de la sociología española que estaba sin fecundar: el cualitativo. Como es bien sabido, a través de los grupos de discusión. Fueron, como bien señala Moreno Pestaña, una "bohemia crítica" tremendamente innovadora y necesaria para el desarrollo de la sociología en España. Hasta aquí es lo que todos conocemos pero, tras este libro, lo que sabemos es mucho más.

Vamos a tratar de desvelar la idea central del libro. El conflicto entre los saberes positivos y "la filosofía del sentido", por emplear a Canguilhem y Foucault, ha tenido en Europa una larga tradición. La génesis de esta confrontación cabe buscarla en la lucha que mantuvieron a lo largo de la época moderna ciencia y fe. Como se sabe, la revolución de la física cuántica, en los albores del siglo XX, resquebrajó el paradigma tradicional de "ciencia dura", en la que la física *newtoniana* se había amparado. Muchos filósofos vieron, entonces, la posibilidad de escudarse en esta "nueva" crítica para volver a dar a su saber el rango de "conocimiento auténtico", por encima de las veleidades de las ciencias empírico-matemáticas. Quizá sea la figura de Martin Heidegger la que mejor resume este movimiento ya que, habiéndose formado en teología y habiéndose desplazado a la filosofía, denunció el mundo de la tecnocracia, de los expertos y de la revolución industrial.

Estos argumentos tuvieron su eco en España. Principalmente, como bien señala

Moreno Pestaña, fue la figura de Xabier Zubiri quien introdujo esta vertiente de pensamiento en sus cursos privados en la correduría de seguros de *La Unión y el Fénix*. Entre sus discípulos se encontraban filósofos de la categoría de Pedro Laín Entralgo, Ignacio Ellacuría o Julián Marías. Pero no sólo ellos. También, asistieron a estos cursos algunos de los iniciadores de la sociología española, entre ellos, Javier Conde y el mismo Jesús Ibáñez.

Éste actualizará la crítica teológica a los saberes positivos desde una nueva disciplina, la sociología, y, desde una nueva perspectiva, la cualitativa. La sociología tecnocrática en ciernes hacía ascos al problema de la validez en aras de la defensa numantina de la fiabilidad. Como señalaba en algún sitio Pierre Bourdieu, esta particularidad recordaba a la parábola en la que, un buen día, a una persona se le perdieron las llaves en una calle oscura. Comienza a buscar debajo de la única farola encendida que hay en la calle, pese a que sabe que allí no se cayó pero, en efecto, desde allí se ve, en efecto, mucho mejor el suelo.

La sociología cualitativa en España se formó así al calor de una búsqueda de la reflexividad de la que rara vez gozó la sociología cuantitativa. No obstante, esta vigilancia epistemológica se volvió, en muchas ocasiones, obsesiva y paralizante para el quehacer científico. Buscó con tal ahínco la verdad de la realidad, que no encontrándola, terminó por negarla. Aquí, Moreno Pestaña contrapone las enseñanzas de Jesús Ibáñez junto a las de Manuel Sacristán. El primero pensaba que un investigador antes de tirarse a la piscina debería de haber hecho un curso experimentado de natación. Debe saber

la epistemología necesaria para saber las “trampas” que pone a los investigadores la ciencia absolutista. El segundo decía que a nadar se aprende tirándose al agua. Mediante este *learning-by-doing* uno va modelando, precisando y perfeccionando sus aplicaciones científicas puesto que va experimentando con las cosas que opera. Dicho de otra forma y empleando un símil extraído de Kant, mientras que Jesús Ibáñez creía que la navaja debía estar bien afilada antes de cortar, Sacristán pensaba que uno debía afilarla si no cortaba lo que uno pretendía cortar.

Así que no es raro observar que, a medida que nos adentramos en este magnífico libro, esta preocupación desembocara en Ibáñez en la labor de construcción de una ontología social. Los conocimientos que despliega el autor en este aspecto son impresionantes. En un brevísimo capítulo llamado “Breve *excursus* epistemológico” se exponen una serie de reflexiones en las que se combinan diferentes marcos teóricos. Entre ellos, Baruch Spinoza, Otto Neurath y Jacques Bouveresse, aparte de los siempre presente a lo largo de toda la obra Pierre Bourdieu y Randall Collins. Cabría etiquetar este conjunto de argumentos filosóficos bajo el emblema de una hermenéutica bien temperada, sujeta a unos límites conscientes de su alcance. En lo que concierne a las lagunas que el libro presenta, vamos a centrarnos en dos de sus posibles carencias. En primer lugar, señalaremos que la primera es la brevedad del libro. Si bien en los primeros capítulos, en los que se presentan las redes intelectuales en las que se formó Ibáñez, no se echa nada de menos, sí se echa en falta una mayor extensión en los últimos

capítulos. Aquí Moreno Pestaña dedica sus reflexiones al “giro teórico” emprendido por Ibáñez (a la influencia de Heidegger y su relación con las corrientes posmodernistas). No aparecen las reacciones de los sociólogos cuantitativos españoles ante la consolidación en el campo de la escuela cualitativa. No obstante, lo que hace el autor, como queda bien dicho en el mismo título de su obra, es una génesis y no un tratado sobre la evolución del campo sociológico hasta los años noventa, fecha en la que muere Ibáñez.

Segundo (y esta es una falta que no le atañe tanto al autor, como a la sociología española), el despliegue de la crítica objetiva a la obra de un autor, si bien obtiene como resultado el mejor de los análisis que puede efectuar un científico social, siempre - de alguna forma u otra - olvida que todo agente está sujeto a la lógica práctica de un campo específico. Cuando esto se hace, suelen ocurrir dos cosas muy distintas. Si ha transcurrido un tiempo dilatado, y el autor analizado no goza ya de discípulos directos, no suele generarse ningún tipo

de problemas. El distanciamiento se ve incluso como una virtud. Ahora bien, las cosas cambian enormemente cuando familiares y discípulos están aún vivos. El distanciamiento se ve ahora como una falta de virtud, como un acto de frialdad desmedida. Prevengo a muchos para que no hagan esa injusta lectura.

En fin, si la reflexión filosófica no es fruto del conocimiento en sí, sino de un estado de ánimo colectivo, esta bohemia, que dio luz a la sociología crítica española, fue una centrifugadora de ideas innovadoras, necesarias y subversivas. Con todo, como buen heredero de la escuela cualitativa española, Moreno Pestaña no se deja seducir torpemente por la figura de su máximo exponente: Jesús Ibáñez. Sus argumentos son tamizados por el filtro de la crítica mejor aprendida. Así que no hay relevo mejor cogido que el suyo.

ILDEFONSO MARQUÉS PERALES
Investigador del Centro
de Estudios Andaluces